

Reseña de Libros / Book Review

Medicina y Espiritismo en Argentina

PARRA, Alejandro (2024). *Entre médicos y médiums: Saberes, tensiones y límites en el espiritismo argentino (1880-1959)*. Buenos Aires: Biblos. ISBN 978-987-814-262-3. 267 páginas.

Moisés Garrido Vázquez

La mediumnidad es un fenómeno complejo estudiado en el ámbito de la parapsicología que no resulta fácil explorar. Además, es un terreno muy abonado para el fraude. Sin embargo, desde la época de la llamada metapsíquica —la disciplina predecesora de la parapsicología— se vienen realizando numerosas investigaciones y experimentos con médiums de todo el mundo. No hay más que recordar los trabajos pioneros de investigación llevados a cabo por el fisiólogo Charles Richet, el físico William Crookes y el médico Albert von Schrenck-Notzing, por citar a solo tres de los muchos científicos comprometidos con examinar estos fenómenos. Hay abundante bibliografía especializada al respecto, una más rigurosa que otra.

Pero entre tanta literatura, faltaba una obra que explorase a fondo el estudio de la mediumnidad y la historia del espiritismo en América latina, así como el papel que han jugado los médicos que se mueven en las fronteras del conocimiento. Alejandro Parra, autor de esta obra, es psicólogo clínico que lleva tres décadas de estudio del fenómeno psi, conducido en el Instituto de Psicología Paranormal de Buenos Aires, Argentina, con sólido conocimiento histórico y bibliográfico. Por tanto, *Entre médicos y médiums. Saberes, tensiones y límites en el espiritismo argentino (1880-1959)* es bien recibido por aquellos que nos interesamos por el estudio del valor histórico, antropológico y sociológico de la parapsicología.

Esta obra aborda la relación entre los espiritistas —médiums incluidos— y los médicos argentinos entre 1880 y 1959, que distingue varias etapas. Hubo momentos de tensión y otros de mayor colaboración. Recordemos que hubo médicos implicados en el estudio de los médiums, aceptando la realidad de los fenómenos producidos en las sesiones espiritistas y, en ocasiones, bajo condiciones de control. Otros médicos más escépticos, sin embargo, consideraban necesario abordar este problema desde una perspectiva psicológica e incluso bajo un diagnóstico psicopatológico (como el doctor Lucio Meléndez, que tuvo un desagradable enfrentamiento con el líder

espiritista Cosme Mariño, ver pag. 62). “Este criterio de patologización del espiritismo, conocido bajo el nombre de ‘locura espiritista’, resultó en un cruce crítico entre dos corpus de saber en conflicto: una comunidad psiquiátrica floreciente bajo una fuerte influencia europea y la expansión de prácticas provenientes del espiritismo kardecista” (p. 63), señala el autor. Por supuesto, para poner al lector en contexto, Parra expone detalladamente al comienzo de su obra los inicios del espiritismo y su expansión en Latinoamérica gracias al trabajo teórico del pedagogo francés “Allan Kardec” (pseudónimo de Hippolyte Léon Denizard Rivail), precursor del espiritismo moderno y autor de obras fundamentales como *El libro de los espíritus* (1857) y *El libro de los médiums* (1861), entre otras. Por cierto, resulta muy revelador también, porque determina el impacto del espiritismo en la sociedad argentina, el capítulo que aborda la postura tomada por la política del país frente a este asunto.

Asimismo, destacamos los datos aportados por el autor sobre algunos importantes médiums argentinos, como Osvaldo Fidanza, que llevó a cabo varias sesiones en la sociedad Constancia (una de las más célebres agrupaciones espiritistas de Argentina), el ilusionista Enrique Onofroff y el farsante Alberto de Sarâk. Algunos de ellos actuaban a su vez como magnetizadores e hipnotizadores, intentando sanar enfermedades (cuyas causas eran, más bien, psicosomáticas). Como era de prever, las críticas de algunos médicos hacia estas prácticas no tardaron en llegar. Aun así, nuevas ideas científicas estaban surgiendo en esa época, así como diversas parcelas de estudio sobre la mente humana, lo que hizo que científicos y médicos aprovecharan el auge de las prácticas mediúmnicas para estudiar a los médiums y comprobar si, realmente, poseían facultades especiales —alguna “fuerza psíquica”— que les distinguían de los demás mortales. Hay que reconocer que los experimentos de magnetismo e hipnosis atrajeron a muchos hombres de ciencia, por lo que al final tenían que adentrarse en los ambientes espiritistas donde se llevaban a cabo asiduamente

ese tipo de prácticas. Uno de ellos fue el homeópata Camilo Clausollés. Como declara Parra, “los magnetólogos también llevaron a cabo una copiosa actividad cultural y asistencial, conferencias públicas y tratamiento magnético tanto para espiritistas como para público en general, dando énfasis a sus propiedades terapéuticas” (pag. 93).

En poco tiempo, comenzaron a editarse revistas especializadas que abordaban los fenómenos metapsíquicos, los experimentos magnetológicos y algunas otras terapias más o menos heterodoxas, ya que no estaban consensuadas por la ciencia médica oficial. Todo ello en medio de un ambiente de progreso tecnológico y descubrimientos, como los rayos X, los rayos infrarrojos y los rayos ultravioletas, así como la radiactividad, etc., que nos mostraban, en paralelo al espiritismo, todo un mundo invisible para nuestros sentidos físicos (en el terreno científico comenzaba a hablarse de éter, fluidos, vibraciones, radiaciones y nuevos campos de energía). “Esta rápida sucesión de avances fue decisiva para la generación de representaciones científicas y culturales de un universo invisible más allá del alcance de la percepción ordinaria, pero que ahora parecía estar al alcance de los instrumentos y procedimientos de la observación mediada por la tecnología” (p. 99), asegura Parra.

Asimismo, el autor hace hincapié en el desarrollo de las sociedades de higiene mental, surgidas a finales del siglo XIX y principios del XX en el contexto de un creciente interés por la salud mental y el bienestar psicológico. Estas instituciones lucharon contra lo que consideraban prácticas y creencias irracionales, promoviendo al mismo tiempo una visión científica y médica de la mente humana. No es de extrañar, pues, que muchos médicos, psicólogos y psiquiatras combatieran con vehemencia las actividades mediúnicas, impulsando programas educativos para informar públicamente sobre la nocividad del espiritismo de cara a la salud mental. Parra expone en detalle la fundación de la Liga Argentina de Higiene Mental, fundada en 1929 por el alienista Gonzalo Bosch, quien mantuvo una postura férrea contra el espiritismo, al considerarlo perjudicial para el equilibrio psíquico. Por su parte, el psiquiatra y psicoanalista argentino Fernando Gorriti habló de delirio espírita a la hora de definir lo que para él era un trastorno perceptual sufrido por el médium durante el trance, en relación, a su vez, con la histeria y otras neuropatías. “Su consejo, para el caso de los médiums, es que estos fenómenos singulares ocurren en el contexto de una constitución neuropática e histérica adecuada llamada paranormal, pero que quienes los padecen rara vez concurren a los servicios médicos u hospitales” (p.119). Es sumamente interesante todo lo que el autor narra en su documentada obra sobre las visitas médicas de Gorriti y Bosch a las sociedades espiritistas y las reacciones de los espiritistas afiliados a la Confederación Espiritista Argentina aún vigente.

Al margen de estas controversias, Parra subraya el interés que suscitaron los médiums en el entorno científico y académico, captando la atención de diversos científicos argentinos que se dedicaron al estudio sistemático de las facultades mediúnicas. “En la Argentina —escribe—, encontramos a físicos, biólogos, filósofos, médicos y neurólogos —incluso los emergentes ‘psicólogos’— que comenzaron a introducir el estudio riguroso de los médiums como parte de una curiosidad inusual en sus respectivos campos científicos” (p. 132). En los años veinte del siglo pasado, aparecen en Argentina figuras destacadas del estudio experimental de las facultades mediúnicas,

como José S. Fernández, miembro de la Sociedad Constancia y el antropólogo académico David Efrón. Parra repasa minuciosamente sus aportaciones a la metapsíquica, así como las de otros reconocidos investigadores que dedicaron gran parte de sus vidas a examinar a los médiums in situ, asistiendo a las sesiones convocadas y reuniéndose con los representantes del movimiento espiritista. Los investigadores trataron de ser lo más objetivos posible, llevando a cabo protocolos cada vez más precisos, con el fin de avalar la autenticidad de los fenómenos mediúnicos y descartar toda posibilidad de fraude. Parra describe los métodos de experimentación empleados y los resultados obtenidos, señalando qué médiums salieron airosos de los rigurosos exámenes.

Asimismo, es de obligada lectura el capítulo que Parra dedica al peronismo y el espiritismo, poniendo en contexto la situación política de Argentina y la expansión de nuevos movimientos religiosos, en los que se podría incluir el espiritismo, a pesar de que sus defensores no sean dados a considerarlo como tal: “Durante la primera gestión del gobierno peronista (1946-1955), hubo numerosos rumores, fuentes duplicadas e interpretaciones tanto pro como antiperonistas de los encuentros y desencuentros entre Perón y los espiritistas que convergen en su presunta fascinación por médiums y videntes” (p. 154), aduce el autor.

En las siguientes páginas desfilan figuras como el médico neurocirujano Orlando Canavesio, cuyos trabajos experimentales de la mediumnidad son muy conocidos, quien, en 1946, fundó la Asociación Médica de Metapsíquica Argentina (AMMA). Por último, Parra examina el objetivo de la parapsicología, desde la escuela de J. B. Rhine, a la hora de abordar los fenómenos mediúnicos y buscar posibles hipótesis científicas —preferentemente, bajo el prisma de la PES (Percepción Extrasensorial)—, alejadas de la clásica interpretación espiritista. En palabras de Parra, se trata de “la primera entidad en la Argentina y en América Latina que animaba a la comunidad médica a estudiar a médiums y metágnomos”. Seguidamente, se adentra en el terreno de la parapsicología, haciendo un notable repaso a su historia y a la influencia que tuvo en Argentina, destacando la labor de Juan Ricardo Musso y Naúm Kreiman, entre otros. Además, analiza los conflictos surgidos entre el espiritismo y la parapsicología y la amplia labor realizada por la Sociedad Argentina de Parapsicología (SAP), fundada en 1948, y el Instituto Argentino de Parapsicología (IAP), fundado en 1953. En ambas entidades, confluyeron académicos y científicos de distintas disciplinas con el ánimo de contribuir a la investigación sistemática de las facultades psi, siguiendo la metodología aplicada por el doctor Rhine en la Universidad de Duke. Sin duda, la frontera entre el espiritismo y la parapsicología se acentuó cada vez más y las disputas entre espiritistas y parapsicólogos se sucedieron por la divergencia a la hora de abordar el caso de la mediumnidad.

Desde entonces, la parapsicología trató por todos los medios de ganarse la respetabilidad de la comunidad científica, alejándose de cualquier vínculo con el espiritismo y otras corrientes de carácter ocultista o esotérico, definiendo los conceptos y sus bases metodológicas. Y no lo tuvo nada fácil. El filósofo, físico y epistemólogo argentino Mario Bunge adoptó una postura combativa, considerando que la parapsicología era una pseudociencia y negando tajantemente la realidad de los fenómenos estudiados por la misma. Poco importa que tantos científicos, incluso algún que otro premio Nobel, se hayan

interesado seriamente por estudiar los fenómenos psi, aplicando la metodología científica. Esa lucha aún continúa a día de hoy. En definitiva, estamos ante una obra esclarecedora y precisa en datos, que arroja luz sobre el espiritismo y la parapsicología.

Aunque esté centrada sólo en Argentina, con escasa referencia a otros países (cita circulaciones similares en Brasil y España), percibimos claramente que el desarrollo y la influencia de ambas corrientes heterodoxas en su contexto histórico, científico y sociopolítico

argentino, entre finales del siglo XIX y mediados del XX, se asemeja bastante a lo ocurrido en otros países, pues los promotores de dichas disciplinas mantenían un fluido contacto epistolar, bibliográfico (a través de opúsculos, boletines, revistas y libros) y mediante reuniones y congresos internacionales.

Alejandro Parra ha realizado un trabajo encomiable, merecedor del reconocimiento más absoluto. Sin duda alguna, estamos ante un ensayo bibliográfico de enorme mérito documental y testimonial.